

abandono primero de la frontera y reducido á la última estremidad, habia fingido reconocer al imperio solo para ganar tiempo y darse traza de quedar libre para combatirlo en primera oportunidad, la habia encontrado en la comunicacion con Escobedo, que lo invitó para que con la fuerza que mandaba se le uniese como se unió en efecto, dirigiéndose al cuartel general situado ya en Camargo.

Era ya tal la escasez de elementos de guerra y de equipo, que para proporcionárselos, Escobedo se vió en la necesidad de pasar á Brownsville, dividiendo entretanto sus fuerzas, que reunidas, no podian mantenerse en una sola de aquellas poblaciones sin gravarla ó estorcionarla. Por lo mismo dejó al General Espinosa el mando de la infantería: con una brigada de caballería envió á Treviño á Cerralvo, con otra destinó á Naranjo á Villa-Aldama, á Canales con su fuerza á Mier, y dejó á Cortina situado en Camargo, previniendo á todos que la tropa se dedicase á recibir instruccion.

El negocio que Escobedo se proponia hacer en Brownsville, le pareció tanto mas fácil cuanto que su carácter oficial se habia elevado aun mas, por la confianza que en él depositaba el Supremo Gobierno, autorizándole para que, por cualesquiera Estados que pasase ú ocupase, reasumiera el mando y nombrase toda clase de autoridades.

La ausencia del general en gefe pronto se hizo sentir con las disidencias que surgieron entre el General Cortina y el Coronel Canales, por rencillas privadas que mas tarde, si bien no fueron, pudieron ser de resultados graves á la causa de la República, que siempre sufrió algunas dificultades para el inmediato aniquilamiento del imperio.

IV.

Incorporacion de Cortinas.—Escobedo pasa á Brownsville en busca de recursos.—Disidencias entre Cortina y Canales.—Vuelta de Escobedo.—Restos de la division de Negrete.—Proyecto de ataque á Matamoros.—Sitio de Matamoros.—Asalto a la plaza, sin éxito, y retirada de los republicanos.—Consideraciones especiales.—Ataque y toma de Monterey.—Los franceses vienen en auxilio de Quiroga y penetran á Monterey; pero son batidos por Treviño y Rocha.—Nuevo refuerzo de franceses al mando de Jeanningros.—Retirada de Escobedo.—Alcanzadas las columnas republicanas son rechazadas á inmediaciones de Monterey.—Division de las fuerzas de Escobedo.—Sublevacion de la tropa de Macías, que fué reducida al orden por el coronel Pedro Martinez.

Despues de la victoria obtenida en el Paso de las Cabras, Escobedo se retiró por el pueblo de China hácia Camargo para dar una tregua de descanso á sus soldados y combinar nuevos planes de campaña, y tambien para proporcionarse otros elementos de guerra, pues que reducido á vivir con menos de lo muy necesario en sus largas correrías, al término de cada una la tropa quedaba en completa desnudez y falta de prest y de municiones.

Por ese tiempo, el general Juan N. Cortinas, que en el

Al fin, provisto de algunos recursos de guerra, Escobedo pudo regresar, y dirigiéndose á Lampazos, ordenó que las infanterías se situaran en la villa de Mier, en tanto que en el mismo Lampazos disponia de una fuerza de seiscientos caballos organizada por los infatigables coroneles Gregorio Galindo y Falcon. Una vez revisadas esas tropas, Escobedo se dirigió á Cuatro Ciénegas, donde halló cuatrocientos infantes y doscientos caballos, restos de la division con que se habia retirado Negrete. Fué preciso sacar de aquel punto á los infelices soldados que habian repasado el desierto al mando del general Aguirre, quién, por la carencia absoluta de recursos de todo género, no podia moverse para invadir á Parras. Pero las dificultades se allanaron, y se determinó que, mientras Aguirre fuese á los Estados- Unidos en busca de mas recursos, su fuerza al mando de Garza se reuniese con la que habia en Cerralvo. Al mismo tiempo Escobedo libraba orden á Naranjo y al coronel Lorenzo Vega, que habia ocupado á Catorce, de que abandonasen los puntos que guarnecian y se incorporasen para abrir la campaña sobre el puerto de Matamoros.

Treviño quedó en observacion del enemigo que estaba en Monterey, y que apercebido quizá de los movimientos de las fuerzas republicanas, pudiera muy bien impartir auxilio al puerto.

Concentradas las tropas en Cerralvo, emprendióse la expedicion, escalonándose en el mayor orden hasta llegar al rancho de Santa Rosalía, donde todas se incorporaron y estuvieron dispuestas para obrar sobre Matamoros, á cuya vista se presentaron horas despues.

En el acto de situarse al frente de aquella plaza, se hizo un reconocimiento general de la línea fuera del alcance de la artillería enemiga, se dió colocacion á la proveduría y parque, y al tercer dia el general Sóstenes Rocha recibió la consigna de pasar á la plaza en calidad de parlamentario á intimarle la rendicion, pero con el especial encargo de reconocer los puntos mas á propósito para establecer las obras del sitio. Así lo hizo, volviendo con la negativa del gefe de la plaza, que ya se esperaba.

El cuarto dia con una actividad que no puede ponderarse bien, se construyeron caminos cubiertos para el tránsito de la mezquina artillería con que se contaba: eran ocho cañones de batalla, insignificante número y calibre para llevar á cabo un sitio; pero los republicanos, mas que á la escasez de sus armas, se atenian á su valor y decision. Por la noche se construyeron trincheras á sesenta metros de los salientes de la plaza. Todas esas obras hubieron de perfeccionarse el dia siguiente en que comenzaron los tiros de una y otra parte, y continuaron durante dos dias mas, en cuyo tiempo se dió colocacion á los cañones.

El octavo dia de sitio, despues de combinar todos los medios posibles de tomar la plaza violentamente, porque no debia perderse mucho tiempo en razon de que ni se tenian los elementos necesarios y de que el enemigo recibiria tal vez un auxilio, se resolvió dar un asalto general.

En efecto, el fuego se rompió con la mayor viveza: al general Cortina, con la fuerza que mandaba, se le ordenó que asaltase el fuerte llamado de Freeport, á Hinojosa el de San Fernando y á Naranjo el fortin nombrado de Monterey. Las operaciones, sin embargo, no pudieron efec-

tuarse con sujecion al plan de ataque: éste debia comenzar á las tres de la mañana, hora en que el enemigo no podria fijar sus punterías ni distinguir bien los movimientos de nuestras columnas; pero un aguacero copioso lo impidió y el ataque comenzó á las cinco de la mañana. En él los republicanos combatieron denodadamente. A pesar de esto la resistencia de la plaza no fué menos vigorosa y los rechazó á las posiciones de donde habian partido á dar el asalto.

Este reves no alteró en nada la moral y entusiasmo de los soldados, que, todo el dia siguiente lo emplearon en perfeccionar y ensanchar sus aproches, rechazando á su vez al enemigo, que hizo una salida con un cuerpo de caballería para impedir los trabajos de zapa, los cuales se hicieron extensivos á la línea que ocupaba el general Cortina, en la cual se estableció una batería y se perfeccionaron las construcciones.

El undécimo dia del sitio los traidores que se defendian en la plaza, de nuevo hicieron otra salida con fuerzas de infantería y caballería, acometieron á los republicanos en sus posiciones y se les rechazó tambien causándoles grandes pérdidas. La leccion que recibieron fué ruda, y por espacio de ocho dias nada intentaron contra el campamento que fué estrechando sus líneas, en medio de ligeras aunque frecuentes escaramuzas.

Trascurrido ese tiempo, una mañana se empeñó un cañoneo vivísimo, y el enemigo con cuerpos de infantería y caballería se destacó sobre los aproches de sitio, pero fué rechazado por tercera vez. Sin embargo, aunque no causase con su salida sino pérdidas insignificantes en hombres,

mucho las causaba en los escasos recursos de los sitiadores, que al fin consumieron en esa última salida las últimas municiones de infantería. Este agotamiento era una verdadera desgracia, porque no habia modo de cubrir ni de suplir prontamente la falta y fué de absoluta necesidad levantar el campo.

Al llegar á este resultado no faltará quien pregunte, ¿por qué con tan ruines elementos de guerra se comprometió el sitio de una ciudad bien fortificada, guarnecida y provista de buenos recursos? y acaso, no faltará quien califique esta campaña de imprudente y en absoluta oposicion con las reglas del arte militar.

Para juzgar con rectitud en las obras de los hombres y principalmente en la guerra, se necesita ponerse en todos los casos é instruirse minuciosamente de las circunstancias que acompañan á los sucesos. Por muchos que fuesen los esfuerzos y sacrificios de los pueblos de la frontera, ni podian aprovecharse siempre y oportunamente, á causa de las enormes distancias que separan á unos de otros, y mucho menos cuando para la organizacion perfecta de las tropas no se contaba con un punto seguro ni con un instante de reposo, pues que los franceses y los traidores se movian incesantemente en gruesas columnas y con todos los materiales de guerra necesarios para hacerla.

Fatigar al enemigo, dividir su fuerza, estraviarlo en sus planes, sorprenderlo cuando se pudiese hacer con provecho, economizar municiones, ocultarse en los bosques ó en las montañas á reparar las pérdidas, tal era la única táctica posible en un dilatado territorio escaso de poblacion, y por lo mismo, desprovisto aun de los recursos indispensables,

principalmente á causa de la incomunicacion en que los ponian las expediciones de los franceses, que todo lo destruian ó lo consumian á su paso.

La pluma se resiste á trazar el relato vivo de las situaciones diversas y siempre angustiosas en que los republicanos frecuentemente se veian. Nunca los recursos que se proporcionaban eran bastantes á cubrir su desnudez: los gefes y la oficialidad durante muchos meses partian con los soldados un rancho sóbrio hasta la miseria: el dinero era cosa desconocida por semanas enteras; y muy ricos se consideraban todos, si al cabo de ochenta dias recibian el prest de media quincena. A veces, y eran muchas, los oficiales se distinguian de los soldados por solo la voz de mando; pues que los harapos de unos y otros eran iguales.

El hábito de la desnudez era tal, que en una ocasion en que una pequeña fuerza republicana se presentó vestida con blusa y pantalon de manta ordinaria, se creyó que era el enemigo; y lo mas singular en este caso fué, que lejos de producir celos ó envidias ese pasajero bienestar de un pobre batallon, su presencia causó entre los compañeros desprovistos, un sentimiento de placer que tenia mucho de tierno y de sublime: hubo felicitaciones y repetidas muestras de contento. En cuanto á víveres y sueldos, la suma escasez de ellos no dejó de causar en ciertas ocasiones algo de murmuracion entre la tropa; pero siempre que esto acontecia, el general Escobedo reuniéndola y haciendo uso de una elocuencia militar que le es característica, le dirigia la palabra; encarecia el deber de sacrificarse por la pátria; enaltecia la honra y la gloria que á la nacion resultaria de consignar en su historia tan inauditos padecimientos, tan

heróica abnegacion; pintaba el porvenir con los mas bellos coloridos; modulaba su voz en el tono solemne del mando, para recordar á los soldados las severas obligaciones de la ordenanza; les prometia nuevos triunfos; y de esta manera entusiasmando á su hambriento auditorio, le hacia prorrumpir en vítores y aplausos, y le arrancaba los ofrecimientos mas generosos de constancia y de obediencia.

Eran tan repetidos estos casos, que cuando la fatiga por aquellos desiertos inspiraba al gefe la necesidad de arengar á sus tropas, algunos soldados al reunirse, solian decir: «ya tenemos racion para tres dias.» Pero se habian formado un hábito en oir la voz de su gefe; de manera que, una vez, cuando las circunstancias comenzaron á variar, y que ya no se hacia necesario sostener el espíritu guerrero en fuerza de discursos, un soldado, pasando cerca de Escobedo y cuadrándose ante él, con respeto le dijo: «mi general, ¿que, ¿ya no nos dice vd. nada?»

Pues bien; con esa tropa y con esa carencia de elementos, era con lo que se hacia la campaña. Bastaba conseguir un cajon de parque, para que se creyesen obligados á librar un combate; tres dias de prest, se estimaban como recurso suficiente para emprender correrías de diez semanas, y por lo mismo, nada mas natural que al concluirse los pequeños recursos adquiridos con grandes trabajos, se levantase el sitio de Matamoros, en cuyo asalto se distinguieron muy honrosamente, el general Pedro Hinojosa y el coronel Adolfo Garza que salió herido. Pero si en ese memorable sitio, las fuerzas republicanas no desmintieron su arrojo, la retirada fué no menos gloriosa y satisfactoria, porque las fuerzas se situaron á solo una legua de distan-

cia de aquella plaza. Los imperialistas suponiendo que habia desmoralizacion en la tropa salieron á perseguirla, y tuvieron mala suerte, porque fueron vigorosamente rechazados. Al dia siguiente de este triunfo, Escobedo siguió con su division al llano de la Marcelina, que no dista mas que tres leguas de Matamoros: el enemigo no osó perseguirlo de nuevo, y las fuerzas republicanas permanecieron allí tres dias sin molestia de ningun género.

Al acabar ese tiempo, el coronel Treviño dió violento aviso de que los franceses salian de Monterey sin que pudiera saberse el punto á dónde se dirigian, y que por consiguiente esta ciudad quedaba guarnecida por mil traidores, segun noticias. En el acto Escobedo separó de sus tropas al activo Naranjo con su brigada, y dejando el resto de ellas al mando de Cortina, se dirigió con su estado mayor y la brigada referida, rumbo á Cadereita, donde llegó pocos dias despues á encontrarse con Treviño que tenia la orden de esperarlo, para emprender un ataque sobre Monterey.

Toda la fuerza reunida era igual en número á la que guarnecia esta ciudad, y desde luego avanzó hasta el pueblo de Guadalupe, distante legua y media de sus murallas. Los imperialistas estaban al mando de Tinajero y de Quiroga, quienes en el acto le salieron al encuentro; pero atacaron muy torpemente el centro de las fuerzas republicanas, que se replegaron capciosamente para que las alas izquierda y derecha, envolvesen al enemigo por los flancos. Esta maniobra comenzó á desconcertarlo, y entonces Treviño con su irresistible caballería, oportunamente se lanzó sobre las fuerzas traidoras, las acuchilló y las puso en fuga pre-

cipitada, despues de hacerles mas de ochenta muertos y unos cincuenta prisioneros. Los destrozados restos del enemigo acudieron á refugiarse tras de sus fuertes baluartes abundantemente artillados, y en ellos pudieron de pronto contener el empuje de las columnas liberales que en el encuentro tambien habian perdido siete oficiales y mas de treinta soldados.

En la tarde del mismo dia y con simultáneo trabajo, se levantaba el campo y se practicaba un reconocimiento sobre la plaza, cuyo ataque se difirió para el dia siguiente en estos términos:

El intrépido Naranjo con una fuerza de rifleros, pié á tierra, formaria la primera columna para dar un asalto al fortin que tenia el nombre de «Carlota» y entrar á la plaza volteando la posicion.

La segunda columna con la misma clase de tropa, al mando del coronel Ruperto Martinez, atacaria por el lado derecho de Naranjo, apoyándolo.

El coronel Cabada con otra columna, apoyaria el flanco izquierdo de Naranjo.

El teniente coronel Garza Leal con su columna, atacaria el fortin llamado del «Pueblo.»

La caballería de carga quedó á las órdenes de Rocha, apoyando la derecha de la línea de ataque y sirviendo de reserva.

Escobedo tomó á su cargo la direccion del centro y la izquierda de sus fuerzas, dejando á Treviño la derecha.

Así dispuesta la embestida, el siguiente dia á las tres de la tarde comenzó el ataque con desusado vigor. Naranjo en su violenta y rudísima carga envolvió el fortin «Carlo-

ta» y penetró á la plaza, á la vez que Ruperto Martinez, con igual buen écsito, la invadió por el lado opuesto.

Las columnas que formaban el centro y la izquierda tambien tomaron el fortin del «Pueblo,» y cargando sobre la fuerza enemiga que se estendia á lo largo de la muralla, la obligaron á replegarse precipitadamente á la plaza; pero no andubo con tanta violencia que pudiera evitar el alcance del general Rocha que á la cabeza de sus dragones la acuchilló tomándole ochenta prisioneros armados.

Los restos imperialistas se refugiaron en la ciudadela, de modo, que á las cinco de la tarde la poblacion estaba en poder de las fuerzas liberales. Dos horas bastaron para recorrer la gran distancia que habia desde la línea de ataque, asaltar los fortines bien provistos de artillería y penetrar dentro de la plaza. Así fueron de rápidos los movimientos.

La ciudadela, último atrincheramiento del enemigo, propiamente no es un establecimiento militar. Los gruesos cimientos que debieron servir á un templo se aprovecharon como parapeto, y circunvalándolos de trincheras y fosos se les convirtió en una especie de ciudadela, que sin embargo, ofrece resistencia mas formal que la de los fortines que habian asaltado nuestras fuerzas, de las cuales una parte se destinó á la circunvalacion de aquel punto.

Mientras esto pasaba en la ciudad, un trozo de dispersos de la caballería enemiga que corria rumbo al Saltillo, se encontró al paso con una columna de franceses y de traidores que ya venia en auxilio de Monterey. En la ruda campaña de la frontera el enemigo habia aprendido á ser en extremo cauto, y en el movimiento de que venimos

hablando obró con tal sigilo y arte, que cortó todas las avanzadas republicanas, sin que Escobedo tuviese noticia de ello, hasta que en la misma Plaza de Armas una de sus descargas cayó sobre él y sobre su estado mayor, con el cual se dirigia á examinar una fuerza de guardia nacional que en la misma tarde se habia organizado.

Era de noche; aquella fuerza sorprendida quedó disuelta, y Escobedo, que habia salido intacto de la descarga que le hicieron, casi á quema-ropa, quedó cortado de Rocha y de Treviño, porque los franceses se habian interpuesto. Tal incidente pudo haber desconcertado á los republicanos, si Treviño y Rocha, desmoralizándose y no teniendo ya quien dirigiese las operaciones, se hubiesen creído dispensados de combatir, emprendiendo una retirada que habria sido desastroza; pero por fortuna á estos gefes nunca les faltó la serenidad y el valor, y en esta vez dieron una muestra mas de sus inspiraciones militares: resolvieron obrar por sí mismos, y atrevidamente se dispusieron á dar una carga, Treviño con cien rifleros de á pié y Rocha con ciento cincuenta caballos. Tal arrojó era en esos momentos una verdadera temeridad, porque no quisieron tener en cuenta ni el número ni la posicion del enemigo, que ignoraban completamente.

Esto no obstante, pusieron en ejecucion su rapiísimo plan, y lanzándose sobre el enemigo, lo aturdieron y lo acuchillaron, hasta poner en dispersion á la caballería francesa, que en su escape arrastró á la infantería. Las calles de la ciudad quedaron regadas de cadáveres, y el enemigo hubo de buscar refugio en el cerro que lleva el nombre del Obispado, por haberse construido allí un edificio bas-

tante ámplio y fuerte destinado á ser mansion campestre de los obispos, y que puede considerarse como una verdadera posicion militar.

Fuera ya de la ciudad el enemigo, las fuerzas republicanas formaron una línea atrincherada en la plazuela llamada de la Purísima, con objeto de detenerlo, caso de que de nuevo intentase penetrar á la plaza. Escobedo, que á su vez habia resistido á los franceses con unos cuantos hombres, pudo ponerse á la cabeza de sus tropas, y en el acto trazar un plan para desalojar del Obispado á los franceses, y venir despues sobre la Ciudadela.

Estaban dictándose las órdenes convenientes, cuando de los pueblos inmediatos se recibieron noticias, corroboradas por los vecinos mismos de Monterey, en que se avisaba de un modo positivo, que Jeanningros, con ochocientos hombres, venia rápidamente en auxilio de la guarnicion de la ciudad. Entonces se hizo necesario desocuparla, aunque no con precipitacion sino con todas las precauciones posibles, y en condicion de resistir ó atacar si preciso fuese, de modo, que las fuerzas republicanas evacuaban la ciudad cuando los franceses se hallaban á solo una legua de distancia.

La retirada se hizo á Guadalupe; y con objeto de dividir la atencion del enemigo, se dispuso separar la fuerza en dos columnas, una compuesta de soldados reclutas que conducian las cargas, tomando el rumbo del cerro de la Silla, y que Escobedo personalmente dirigia: la otra, al mando del general Rocha, compuesta de la mejor tropa, tomó lentamente el camino real, para en todo caso dar tiempo de que los reclutas y las cargas se salvarsen. Pero los fran-

ceses, advertidos de ese doble movimiento, tambien se fraccionaron en dos columnas, una de las cuales pudo dar alcance á Escobedo; mas como ya se habia previsto este incidente, luego que se advirtió se dispuso en el camino una emboscada de cien tiradores. Treviño y Escobedo personalmente salieron á provocar á los franceses con objeto de que viniesen al punto conveniente donde la emboscada surtiese sus efectos. Así debió suceder: la caballería francesa se adelantó y acometió; pero los tiradores, que eran reclutas, se asustaron á tal grado, que de entre ellos solo tres salieron á disparar sus tiros, que siempre dieron por resultado la muerte de un frances: el enemigo avanzó rápidamente y envolvió á Escobedo y á Treviño, que salieron ilesos por mera casualidad. Al escapar el general Escobedo, un frances lo seguia tan de cerca que podia dividirlo con el sable; pero cuando dejó ir su formidable golpe, Escobedo, diestrísimo en el manejo del caballo, logró evitarlo, y el frances con su propio impulso vino del caballo á tierra; mientras así escapaba Escobedo, tambien Treviño lo hacia por un flanco, merced á su inteligencia como ginete.

El enemigo, sin embargo, iba receloso de la emboscada, y hubo de retroceder suspendiendo allí su persecucion. En tanto que esto pasaba, la otra columna francesa alcanzó á Rocha en el pueblo de los Lermas. Allí la retaguardia de Rocha y la vanguardia francesa, de veinte tiradores cada una, tuvieron un rudo encuentro en que perdieron igual número de hombres: ámbas quedaron con diez, que fueron replegándose hasta incorporarse á sus respectivas fuerzas. Las dos formaron en batalla; pero los franceses no acepta-

ron el combate, y se retiraron á la vista de nuestras tropas. Rocha por su parte, cumpliendo las instrucciones que tenia, siguió su marcha hasta Cadereita, donde pudieron reunirse las columnas republicanas. Como siempre, la escasez de elementos para mantener una fuerza numerosa por mucho tiempo en cualquiera de aquellas pueblos, determinó la necesidad de dividirla, para poder reunirla de nuevo y en el número conveniente, segun lo ecsijiese la situacion.

Al efecto, el general Escobedo con solo su secretario, su pequeño estado mayor y con Rocha que era el mayor general, marcharon á reunirse á las infanterías que habian quedado frente á Matamoras: parte de la fuerza se destinó á Linares; Treviño con otra á Cerralvo; y la de Naranjo á Villa Aldama, quedando Ruperto Martinez á inmediaciones de Monterey para hostilizar al enemigo, enviándose el resto de la tropa á Camargo. El general Canales, cuyo carácter jamas se ha prestado á la subordinacion, partió por su propia cuenta para el Estado de Tamaulipas.

Habiendo llegado á Camargo Escobedo, dispuso que entre esta ciudad, el rancho de las Cuevas y Reynosa, se situase el general Macías con dos cuerpos de rifleros de San Luis, á caballo, y asi se verificó, pero la tropa ya fuese por cansancio, ó por algun otro motivo, se sublevó en este pueblo, tomando el camino de San Luis. Luego que se tuvo noticia de este acontecimiento, inusitado y raro entre las fuerzas de aquella frontera, se ordenó al coronel Pedro Martinez que saliese al encuentro de los fugitivos; y la órden se cumplió con tal esactitud, que á poco andar los sublevados fueron sorprendidos, y Martinez los refundia en su tropa.

V.

Proyectos sobre Bagdad.—Escobedo pasa á Brownsville á combinar sus planes.—Crowford y Reed abusan de la confianza de Escobedo é invaden á Bagdad con filibusteros negros que saquean la ciudad.—Escobedo acude á salvarla, y tiene que batirse con la marina francesa.—Conspiracion de Crowford y Reed.—Escobedo vuelve á su cuartel general.—Ocupacion de Parras por Viezca.—Espedicion de los franceses al mando de Doue.—Movimientos de Treviño, que derrota á los franceses en Santa Isabel.—Marcha de Escobedo sobre Matehuala, y ocupacion de Catorce.—Derrota de Dupin por Espinosa en el Valle de Purísima.—Invasion de los generales franceses Doue y Jeanningros, cuyos planes se desbaratan.—Batalla de Santa Gertrudis y devolucion de parte del convoy á sus dueños.—Capitulacion de Mejia en Matamoras: recursos ministrados por el general Escobedo.

La entrada á Monterey, donde el enemigo habia perdido mas de doscientos hombres, habia proporcionado á Escobedo algunos recursos, con los cuales pudo medianamente equiparse en Camargo la tropa y los prisioneros que habian aumentado su infantería, y mientras esto tenia lugar, y en tanto que el grueso número de franceses que cubrian la línea del interior impedian emprender algo por de pronto,